

«la administracion de Sacramentos, y que en el asunto que se discutía, no se trataba de Molina ni de la ciencia media.»

Empero, ni San-Cyran, á quien acababa de sacar la Reina regente de la prision de Vincennes, ni los solitarios de Port-Royal, que celebraban su libertad como la aurora de un hermoso dia de primavera, se intimidaron por semejante demostracion: antes bien, juzgando que si el Papa y los hombres mas prudentes de Francia se pronunciaban contra ellos, no dejarían sus opiniones de sacar un partido ventajoso de las agitaciones y disturbios inseparables de una larga minoría, persistieron con tenacidad en su propósito. Nada importaba que la enseñanza de Jansenio hubiese sido anatematizada; San-Cyran tuvo buen cuidado de suscitarle un vengador, y Antonio Arnauld se lanzó á la arena. Atleta pertrechado de todas las armas, violento en el ataque, y ardiente é impetuoso en la defensa, el jóven doctor, que habia obtenido la borla en la Sorbona *ad stuporem* de los examinadores, poseía tambien todos los secretos de la polémica, sin carecer de su energía ni de los coloridos de la elocuencia. Irascible en la lucha, anonadaba á sus competidores, y sin piedad no los dejaba hasta haber agotado todos los dardos de su lógica mordaz ó de su implacable hipérbole. Y sin embargo, el Judas Macabeo del jansenismo poseía, como el P. Garasse, y como casi todos los hombres habituados al pugilato del talento, grandes cualidades de alma. Su vida privada no era sino un acto continuo de bondad, la cual estaba en tan poca armonía con sus escritos, que tratando du Fossé, uno de sus admiradores, de resolver este problema, y queriendo hacerle comprender, dijo: «El ejemplo de Moisés á quien Dios llamó el mas manso de los hombres, á pesar de haber muerto á un egipcio por defender á uno de sus hermanos, á pesar de haber roto en un acceso justo de cólera las tablas de la ley, y de haber pasado á cuchillo veinte y tres mil hombres para castigar la idolatría de su pueblo, nos da á conocer cuán perfectamente se pueden amalgamar la dulzura de una caridad sincera para con el prójimo, y un ardoroso celo por los intereses de Dios.» Sin embargo, distaba mucho Arnauld de parecerse en nada á Moisés.

Arnauld, invitado por el Abate, disponíase á lanzarse á la palestra, cuando vino á suministrarle el texto de su primera obra una carta dirigida por el Jesuita Pedro de Sesmaisons á la princesa

de Guemené, Ana de Roban, en la que la retraía de confiar la direccion de su alma á los Jansenistas; pero la Princesa, hermosa todavía y ávida de placeres, tenia mas que esperar de la austeridad de San-Cyran que de los acomodamientos de conciencia de los Padres del Instituto. Habitaba en Port-Royal-des-Champs, y era la amante de Pablo de Gondi, coadjutor del arzobispado; ponía sus amoríos de coqueta bajo la salvaguardia del anciano Arnauld de Andilly. «De Andilly, dice el cardenal de Retz en sus *Memo-rias*, estaba aun mas enamorado de ella que yo mismo, pero en Dios, pura y espiritualmente.» La carta de Sesmaisons hizo concebir á los Jansenistas la idea de iniciar á todas las clases de lectores en los arcanos de la nueva doctrina; para lo cual, dice el protestante Schœll¹, «publicó Antonio Arnauld en 1643, y á la edad de treinta y un años, un libro que hace época en la historia eclesiástica de Francia, dirigido contra los Jesuitas, y cuyo título era: *De* (es decir, *contra*) *la frecuente comunión*.»

Si esta sustitucion de preposicion, obra del analista prusiano, revela mas una agudeza de su ingenio que un juicio profundo de la obra, el estilo nervioso de Antonio y sus frases cortantes como una cuchilla, revelaban á los franceses un nuevo lenguaje, que fue leído con avidez, porque habia sabido, para deslumbrar á la multitud, ofrecerles una sagaz combinacion del error y la verdad. Los Jansenistas ensalzaron hasta las nubes al Dr. Arnauld, mientras que los Jesuitas trataron de rebajarle hasta el infinito: tal es siempre la condicion de los que á ciegas se precipitan en los partidos. El P. Petavio, uno de esos hombres á quienes la erudicion no impide ser elocuentes, se lanzó á la liza en favor de su Compañía, y demostró con todo el fuego de su facundia el peligro á que la doctrina de Arnauld exponía á las almas. La cuestion estaba controvertida; pero habia logrado presentarla Arnauld bajo formas tan capciosas, que sedujo á unos, y arrastró á otros á entablar distinciones tan sutiles, que, en estos debates en que tomaban parte la cátedra y la prensa, consiguió provocar una confusion científica. Quince prelados de la Iglesia galicana aprobaron la obra del doctor de la Sorbona, á quien las refutaciones del P. Petavio y los interesados elogios del jansenismo habian popularizado. Apasionábanse las gentes en pro ó en contra de la fre-

¹ *Memorias del cardenal de Retz*, tomo I.

² *Curso de historia de los Estados europeos*, tomo XXVIII, pág. 72.

cuente comunión, con aquella vivacidad que jamás otorga á la reflexión otro derecho, sino el de deplorar el mal consumado: acalorábanse por buscar el sentido genuino del autor; comentábanle; le aprobaban ó desaprobaban, y todos tenían derecho á manifestar su animosidad en esta querrela de palabras, de que la Francia será siempre teatro. El P. Nouet, no contento con atacar á Arnauld, desde el púlpito de la iglesia de San Luis de los Jesuitas acriminó, y con mas celo que prudencia, á los quince arzobispos ú obispos adictos á las doctrinas profesadas por el Jansenista. Luis XIII acababa de fallecer, y viendo la Reina regente y Mazarini que su autoridad se hallaba aun mal consolidada; y como el clero estaba reunido en asamblea general, no se atrevieron á disgustar á una oposicion que, aunque en evidente minoría, no dejaba de alarmar al poder. Estos prelados pedían una satisfacción, á que no se negaron los Jesuitas, segun dice el proceso verbal de la asamblea. El P. Nouet, en presencia y con el beneplácito de sus superiores, la dió por escrito. Hé aquí su contenido: «Yo el infrascrito Jaime Nouet, sacerdote de la Compañía de Jesús, habiendo sido advertido de que los señores prelados se creían ofendidos por el relato que les han hecho sobre algunos sermones que he predicado en la iglesia de San Luis durante los meses de agosto, setiembre y octubre, en los cuales se me acusaba de haber sostenido que la doctrina contenida en el libro *«De la frecuente comunión»*, compuesto por Mr. Arnauld, doctor de la Sorbona, y aprobado por muchos de los referidos señores, era peor que la de Lutero y Calvino; que la mayor y mas sana parte de los mencionados señores prelados condenaban la referida doctrina, y por último, que era preciso huir de los que la habían aprobado como de otros tantos leprosos:

«Declaro no haber dicho cosa alguna en mis citados sermones de cuanto me han imputado: protestando además, que si en el calor de mis discursos se me han escapado algunas expresiones de las referidas, estoy pronto á subir al púlpito para retractarme y pedir perdón á dichos señores. Paris 29 de noviembre de 1643.»

Esta retractacion negativa vino á ser un triunfo bajo la pluma de los Jansenistas, así como una derrota para la Orden de Jesús. Como el pueblo no podía comprender su alcance, se la presentaron como un hecho mas palpable para él, diciendo que Nouet se

había visto obligado á pedir perdón de rodillas, aun en presencia de la asamblea del clero. Verdad es que los sectarios no estaban en mayoría, y que la mayor parte de los obispos y doctores de la Sorbona censuraban sus principios; pero á pesar de tantas oposiciones dirigidas por manos tan diestras, sabían muy bien que para conmover á las masas era indispensable presentar á sus ojos lo imposible como una realidad, y aumentar los triunfos, con el objeto de corroborar la fe de sus adictos. El P. Nouet se retiraba del combate, y abandonaba el púlpito; por lo que esperaron los Jansenistas que les sería igualmente fácil vencer á todos sus destructores. Entonces se les vió abusar de su triunfo, para consagrar la opinion emitida por Antonio Arnauld.

Persuadida Ana de Austria de que no existía otro remedio para curar un mal tan inveterado que el de someter el asunto á la decision de la Santa Sede, y juzgando el canceller Seguier en el Consejo de ministros, segun dice Omer Jalon¹, que no podía ser discutido y sentenciado en Francia, por las aprobaciones que había merecido este libro de muchos obispos que se habían comprometido por este medio, trataron de llevar adelante este proyecto.

No eran solamente los Jesuitas los que criticaban el libro *«De la frecuente comunión»*: el clero de Francia, á cuya cabeza se hallaba Vicente de Paul, no quiso faltar á su deber, á pesar de la aprobacion de algunos obispos. Arnauld y sus adeptos no cesaban de jactarse del asentimiento de estos prelados, y le llevaban hasta el pié del trono, á guisa de un pararrayos. Mas Vicente de Paul, que no quería permitirles ni aun este último subterfugio: «He contestado, dice, á la Reina, en una carta dirigida á un vicario general de Chartres con fecha 29 de mayo de 1653, que era verdad que monseñor de N... había suscrito á los libros de Jansenio y al *«De la frecuente comunión»*; pero sin haberlos leído, por no haber tenido ocasion; mas que se hallaba penetrado de los mejores sentimientos. Á esto ha replicado S. M., preguntando si se podía poner la firma á una obra sin verla. Yo la he dicho, que monseñor de N... me había asegurado, que sin leerlo había firmado el libro *«De la frecuente comunión.»*»

Semejante declaracion de un hombre tal como Vicente de Paul ofreció á la polémica de los Jesuitas una autoridad, que, á los ojos

¹ *Memorias de Omer Jalon* (coleccion Petitot), tomo LX, pág. 280.

de los Católicos, debía justificarlos del grado de vehemencia con que habían obrado. La obra de Arnauld, censurada en París con tanta acrimonia, fue por fin deferida al exámen de la corte de Roma, que por un decreto expedido en 25 de enero de 1647, condenó su prólogo. Pero la muerte no permitió al abate Duvergier recrearse en la ventaja que había obtenido. Este hombre, cuya existencia había sido un continuo tejido de trabajos, intrigas, movimientos y austeridades, se vió acometido de un ataque de apoplejía, que le condujo á la tumba en 11 de octubre de 1643. Los solitarios de Port-Royal hicieron de él un mártir, y sucedióle Antonio Arnauld en los honores de la persecucion, y Singlin en la direccion del partido.

No siendo los Jansenistas los mas numerosos, duplicaron sus fuerzas, exagerando sus triunfos; y como tenian necesidad de protectores y entusiastas para diseminar los principios que fomentaban, monopolizaron las virtudes vacilantes, que los abrigaban con el prestigio deslumbrador de un gran nombre, y de aquellos preladados, cuyas costumbres eran un mentís formal lanzado á los votos del sacerdocio. Confundiendo en un mismo espíritu las voluptuosidades de Maria Gonzaga, y la rigidez de la madre Angélica; la piadosa austeridad del médico Hamon, y el desenfreno del cardenal de Retz, llegaron en poco tiempo á crearse una posicion inexpugnable. Gloriábanse de su humildad, admirábanse de su abnegacion, é invitaban á la Europa entera á saludar su genio; y como verificaban todo esto con tanto candor, hablando y haciendo hablar de sí con absoluta conviccion de superioridad, lograron seducir á la Francia con este orgullo colectivamente sinuado. Creyóse en su conciencia, porque poseian elocuencia y talento; y persuadiéronse de que el error no debía jamás manchar sus labios, porque se pretendian irreprensibles: de manera, que una vez establecida y basada la preocupacion, pudieron aclimatar por largo tiempo aquella reputacion que se fabricaban por sus propias manos.

En la corte iban engrandeciendo su influjo, y su dominio en las escuelas. Por un lado el duque de Luynes y Bernardo de Saligné, los Liancourt y Claudio de Santa Maria, la duquesa de Longueville y Cambout de Pont-Château, sobrino del cardenal de Richelieu y marqués de Coislin; de otro, Pedro Nicole y Blas Pascal, el duque de Roannez y Domat, no perdonaban medio alguno

para secundar las miras de los primeros solitarios; y como la popularidad les llegaba con el poder, con el objeto de conservar la una eternizando el otro, se pusieron á redactar obras elementales, cuya necesidad conocia tan vivamente su ilustrada aficion á las bellas letras. Mientras que Lancelot, Arnauld y Nicole preparaban los métodos de enseñanza de las lenguas muertas y vivas, incluso los principios de gramática general, lógica y geometría; se encargó Sacy de resucitar las raíces de la lengua griega, y acabó Lemaître su Tratado sobre las reglas de la traduccion francesa. Al mismo tiempo aplicaban otros solitarios este nuevo curso de instruccion, formando en sus aulas á los Racine, Pomponne, Boileau y el duque de Chevreuse, los dos Bignon y de Harlay, du Fossé y Tillemont, laborioso analista, de quien dijo Gibbon: «Es el mulo de los Alpes que sienta el pié con seguridad, y jamás tropieza.» Colocados sobre un terreno resbaladizo, expuestos á las hostilidades de los Jesuitas y universitarios, y hechos siempre el blanco de las censuras pontificias, se sancionaron una ley de la tolerancia para con los indiferentes. Los hombres políticos de Port-Royal ponian en práctica, aun en las ocasiones menos solemnes, las ideas que Sacy recomendaba con tanta penetracion para conciliarse los buenos oficios de los escritores. Cuando Sacy enseñaba los estudios mayores, ó los sistemas religiosos, decia á sus discípulos, como refiere Fontaine en sus *Memorias*, tomo IV: «He cuidado mucho de hablar siempre favorablemente, en cuanto me ha sido posible, de las obras de todo el mundo, ya sagradas ó profanas, así en prosa como en verso. «Todo lo he apreciado siempre, sin exceptuar el poema de *La Pucelle*, porque me parece que teniendo alguna reputacion de «elocuencia, seria despreciar á los autores el obrar de otra manera.»

Esta táctica, que la superioridad del talento podia inspirar, del mismo modo que el apego al proselitismo y los cálculos de secta, dió los resultados previstos; porque «desgraciadamente, dice «Voltaire¹, los solitarios de Port-Royal fueron mas celosos en «propagar sus doctrinas, que por el buen gusto y la elocuencia.» Ostentábanse únicamente implacables con sus enemigos declarados, y la Compañía de Jesús aparecia en primera fila. Existia, por decirlo así, una guerra de tradicion entre estas familias ilus-

¹ Siglo de Luis XIV, tomo III, cap. XXXVII.

tradas por la magistratura ó por servicios prestados á la nacion ó á las letras, y la Orden de san Ignacio. Eran los Gibelinos y Güelfos de la polémica, que luchaban con toda especie de armas; y si los Padres del Instituto contaban en su favor á la Santa Sede, al Gobierno y á los talentos juiciosos, que se aterroran á la sola idea de una innovacion en materias religiosas, los Jansenistas, con su ambiciosa divisa: *Ardet amans spe nixa fides*, reunian en derredor suyo algunos obispos seducidos por el brillo de su talento, á los hombres á quienes atormentaba la prosperidad de los Jesuitas, y á esas masas flotantes que forma la opinion pública, y que se inclinan tan pronto de un lado como de otro, segun las impresiones y caprichos del momento. Vicente de Paul y Olier marchaban en union de la Compañía contra los nuevos teólogos, mientras que la madre Angélica no titubeaba en describir la posicion del Padre de los huérfanos con estas palabras: «Mr. Vicente, escribia esta religiosa con fecha 12 de marzo de 1655, desacredita á Port-Royal con mas dulzura á la verdad que los Jesuitas; pero, impulsado por un celo sin ciencia, desea tanto su ruina, como los otros por una malicia ostensible.»

Colocándose el rigorismo de unos enfrente de la supuesta laxitud de otros, si los partidarios de San-Cyran acusaban á los hijos de Loyola por su demasiada indulgencia con los grandes y con los pequeños, ellos se oponian en cambio á un exceso que les placia fingir por medio de otro real, que en teoria hacia el cielo inaccesible á las fragilidades humanas; duplicada posicion que con su filosófico escepticismo ha caracterizado de Alembert de un modo mas ingenioso que verdadero en su conjunto.

«El Jansenista, dice en la *Destruccion de los Jesuitas en Francia* (pág. 64), implacable por naturaleza, lo es tanto en el dogma como en la moral que enseña: la naturaleza del Dios que predica (que afortunadamente para nosotros no es mas que el suyo) es la de un ser duro, como lo son sus doctrinas, tanto en lo que pretende que se obre, como en lo que manda que se crea. «¿Qué opinion podríamos formar de un monarca que dijese á uno de sus súbditos: Te he puesto grillos en los piés, y no está en tu mano quitártelos; sin embargo, te digo que si no caminas al instante, por largo tiempo y muy derecho por el borde de ese precipicio en que estás, serás condenado á un eterno supli-

«cio? Tal es el Dios de los Jansenistas; tal es su teología en su «primitiva y original pureza (mejor *impureza*). Pelagio era menos «insensato en su error; pues decia al hombre: — Tú lo puedes «todo; pero aun te resta mucho que hacer. — Esta doctrina era «menos repugnante, aunque incómoda y penosa todavía. Los Je- «suitas, si así puede decirse, han rebajado algun tanto el mer- «cado de Pelagio; puesto que han dicho á los Cristianos: — To- «do lo podeis, y lo que Dios exige de vosotros, es cosa de poca «monta. — Hé aquí cómo se debe hablar á unos hombres carna- «les, y especialmente á los poderosos del siglo, cuando uno quie- «re hacerse escuchar.

«No son estas las únicas precauciones que han tomado; por- «que no hay duda que han pensado en todo. Han tenido (á la ver- «dad en corto número) casuistas y directores severos para el re- «ducido número de los que, por carácter ó por conciencia, que- «rian llevar en todo su rigor el yugo del Evangelio. Por este me- «dio haciéndose, digámoslo así, todo para todos, segun una ex- «presion de la sagrada Escritura (cuyo sentido en verdad torcian «algun tanto), se preparaban por un lado amigos de toda especie, «al paso que rechazaban por el otro ó al menos creian rechazar «las objeciones que podian hacerseles de enseñar universalmen- «te una moral relajada, y de haberla puesto en uso, sancionán- «dola como doctrina uniforme de su Compañía.»

Hasta entonces no habia producido esta guerra resultado alguno; pero en 1648 empezaron á esperar los solitarios que no seria así en adelante. Pablo de Gondi á la sazón gobernaba la diócesis de Paris, con el título de coadjutor del arzobispo su tío. Era el amigo de infancia de Antonio Arnauld, y buscaba en los recursos de su turbulento genio, mas bien que en los méritos de una vida regular, el poder de que se mostraba tan ávido. Alimentada su vanidad con numerosos proyectos, y siéndole preciso para realizarlos apoyarse en alguna corporacion, viendo que los Jesuitas ni poseian ni buscaban su confianza, hizo alianza con los discípulos de San-Cyran para que le sostuvieran en las sediciones é intrigas que meditaba, quienes le perdonaron la depravacion de sus costumbres, «en consideracion, dice el jansenista Fontaine¹, «á sus eminentes cualidades, y á su gran deseo de contar como «amigos á los hombres de mérito.» Luego que se hubo termina-

¹ *Memorias de Fontaine*, tomo II.

do este pacto entre el vicio ambicioso y la *virtud* turbulenta, arrojaron la máscara. Resonó la universidad en apasionadas discusiones, y se convirtió en un palenque en donde los jóvenes candidatos, seguros de la protección del Coadjutor, pudieron desarrollar con toda libertad las doctrinas del obispo de Ipres. Nicolás Cornet, maestro de Bossuet, ejercía á la sazón las funciones de síndico de la Sorbona; y dotado de aquella suprema inteligencia, cuya moderación ha encomiado el inmortal obispo de Meaux, después de estudiar y profundizar la doctrina de Jansenio, reasumió en siete proposiciones los errores acumulados en el *Augustinus*, denunciándolos en 1649 á la Sorbona, que los redujo á cinco, «y de la experiencia, dice Bossuet¹, del exquisito conocimiento, «y del concierto de los mejores talentos de la Sorbona nos vino «el extracto de las cinco proposiciones, que vienen á ser como «los justos límites que separan la verdad del error, y que siendo, «por decirlo así, el carácter propio y singular de las nuevas doctrinas, han suministrado un medio á todas las otras para correr «unánimemente entre sus inauditas novedades.»

Los Jesuitas, por la fuerza misma de los acontecimientos se hallaban los aliados de la universidad de Paris, habiendo levantado el estandarte Cornet y la Sorbona. Acusaban á los Padres de fautores misteriosos de la medida tomada; y un año después se abrió la asamblea del clero en Paris, y transmitiendo al papa Inocencio X los ochenta y ocho obispos que la componían las cinco proposiciones, las sometieron á su juicio soberano. Y no fueron solamente los Jesuitas los acriminados por haber dirigido el golpe que los prelados de Francia lanzaban al *Augustinus*; pues si bien habían tenido una gran parte en ello, otros también reivindicaron con ellos la porción de gloria que les resultaba; «señalando «Mr. Olier, según dice Faillon, ó sea el biógrafo del fundador «de San Sulpicio², en esta ocasión su ardoroso celo. Los mismos «Jansenistas le han acusado de haber sido otro de los solicitantes, «que emplearon hasta las amenazas para obtener las firmas de «los ochenta ú ochenta y cinco obispos; y así nos parece inútil de «todo punto justificarle sobre esta materia, puesto que semejantes inculpaciones deben ser miradas como elogios, cuando vemos que el historiador del jansenismo llama á san Vicente de

¹ Oración fúnebre del Dr. Nicolás Cornet, por Bossuet.

² Vida de Mr. Olier, tomo II, pág. 162.

«Paul un devoto ignorante, semipelagiano y molinista, á quien «se vieron precisados á ceder los obispos, para librarse de sus «importunidades.»

El ajado orgullo de los solitarios les impulsó á unas injusticias que deplora la posteridad; y dejándose llevar los Jesuitas de un acceso de cólera que jamás puede legitimar el buen derecho, contestaron á las calumnias con otras calumnias. Pareció en esta ocasión el *Jansenismo confundido*, obra que el P. Brisacier dirigía contra Arnauld, y fue acogida en Port-Royal como una buena fortuna. Es verdad que tenían la razón en su favor; pero olvidaron que los que la sostienen no deben presentarla bajo la forma de un folleto. Llegados á su punto culminante, se sentían apoyados; pero prefiriendo, en presencia de los controversistas que se lanzaban contra ellos, valerse del sarcasmo que de la razón para vindicar á la Iglesia y á su Instituto; el sarcasmo traspasó todos los límites, y el *Jansenismo confundido* fue más bien un triunfo para la causa de estos que un resultado favorable para los Jesuitas. Apenas se hubo publicado este libro; cuando los solitarios se quejaron con amargura de los ataques de que eran objeto las religiosas de Port-Royal, y el Coadjutor se vió obligado á pronunciarse. En la misma época aspiraba al capelo de cardenal, y creyóse obligado á contemporizar con la verdad. No ignoraba que las cinco proposiciones serían condenadas en Roma, y por lo mismo se guardó muy bien de aprobarlas; pero Brisacier, en el exceso de su celo, había franqueado un camino á las censuras. Pablo de Gondi se aprovechó de esta oportunidad, y en 29 de diciembre de 1651 otorgó á los Jansenistas la siguiente satisfacción: «No há «mucho, dice el Prelado con una reserva que debió ser tan costosa á sus gustos helicosos, como á la no saciada venganza de «las religiosas de Port-Royal, se dió á luz cierta obra, intitulada el *Jansenismo confundido*, en la cual el autor so pretexto de defender las sanas doctrinas del Evangelio, ha desfogado de tal «manera su animosidad, que no satisfecho con emplear un estilo mordaz contra los que él tiene por sus adversarios, se ha olvidado tanto de su deber, que ha imputado á una comunidad de «religiosas una infinidad de calumnias y oprobios, hasta propasarse á acusarlas de herejía en lo que respecta á su doctrina, y «en lo concerniente á sus costumbres, de impureza. Después de «haber considerado el referido libelo, y de haberle hecho ver y